

Intelectuales y universitarios uruguayos frente a la “Guerra Fría” y a la “Tercera Posición”*

Carmen de Sierra Neves**

I. *Definiciones frente al mundo externo y el contexto mundial*

Desde la época de la Independencia –en la primera mitad del siglo XIX para los del tronco hispánico y más tarde para los lusoamericanos–, y al correr de toda la etapa contemporánea, los sectores intelectuales latinoamericanos parecen lograr sus expresiones más originales y atractivas del pensamiento, a través del trabajo permanente de redefinición de lo propio frente a lo externo. Frente a lo europeo, a lo ibérico, a lo inglés, a lo francés, a lo estadounidense.

Si partimos del siglo XIX dentro de esta línea de afirmación –aunque con diferencias de enfoques y de referencias–, podemos mencionar como ejemplos los trabajos de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Andrés Bello, José María Torres Caicedo, Francisco Bilbao, José Martí, José Enrique Rodó. Entrando ya en las primeras décadas del siglo XX –época testigo de las grandes transformaciones políticas, ideológicas y económicas de la Revolución de 1917 en el antiguo imperio ruso de los zares, en la Europa del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial y sus graves consecuencias durante todo el período de entreguerras–, se escucha la reflexión de pensadores latinoamericanos que influyen sobre amplios sectores de la intelectualidad del continente: Manuel Ugarte, José Ingenieros, José Vasconcelos, Carlos Pelicier o Miguel Ángel Asturias, a vía de ejemplos.

* Ponencia presentada en CREDAL - CNRS - Universidad de París III - Sorbonne Nouvelle.

** Investigadora en Historia Contemporánea CREDAL - (Laboratoire 111 Associé au CNRS) Paris III - Sorbonne Nouvelle -.

En los años treinta –y al correr de la Segunda Guerra Mundial– y desde las graves consecuencias de la crisis del 29, la polarización de intereses económicos mundiales en conflicto, la crisis de las corrientes de pensamiento democráticas y republicanas, el ascenso creciente en Europa e internacionalmente de ideologías político-económicas autoritarias e imperialistas, provocará en los círculos más preparados del mundo latinoamericano, revisiones y revaloraciones en el campo de la Filosofía de la Historia, Historia de las Ideas y de la Cultura. En este trabajo intelectual de filósofos, historiadores, escritores, literatos, se intenta reconstruir una identidad compleja y heterogénea: las raíces histórico-culturales ibéricas más lejanas, las europeas más modernas de los siglos XIX y XX y sus relaciones con lo autóctono del continente. Se toma conciencia también de la persistencia en amplios sectores de las élites latinoamericanas, de diferentes formas de dependencia cultural y “colonialismo mental”, que impiden una reflexión propia, autónoma, que permita percibir y analizar las características específicas del continente y sus regiones en el contexto internacional contemporáneo.

Serán figuras representativas de este movimiento autores como Leopoldo Zea, Silvio Zavala, Arturo Ardao, Pedro Henríquez Ureña, João Cruz Costa, Mariano Picón Salas, Sergio Bagú, José Luis Romero, Guillermo Francovitch, Salazar Bondi, y en los años sesenta, Tulio Halperin Dongui entre otros especialistas latinoamericanos de la historia contemporánea. De la misma forma, al correr de la Segunda Guerra Mundial y desde comienzos de la posguerra, el gran desarrollo y renovación metodológica de las ciencias sociales y los análisis interdisciplinarios provocaron un fuerte impacto en economistas, sociólogos y politólogos latinoamericanos que perciben cada vez con más claridad la inestabilidad y las contradicciones del sistema mundial contemporáneo, partiendo de los países centrales, con sus repercusiones graves, a veces inesperadas, sobre las regiones periféricas. Ejemplos representativos de este movimiento de revisión y análisis de las estructuras y de las coyunturas nacionales e internacionales a través del tiempo y del espacio –en la larga, mediana y corta duración–, son los trabajos interdisciplinarios en ciencias sociales sobre el continente, entre cuyos autores más reconocidos se pueden mencionar a Raúl Prebisch, Carlos Quijano, Aníbal Pinto, Celso Furtado, Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Theotonio Dos Santos, Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Francisco Weffort, Hélio Jaguaribe, José Matos Mar.

Esta tendencia definida de pensar el continente dentro del contexto internacional y en su interdependencia, aparece expresada en las denominaciones y autodefiniciones que los sectores políticos e intelectuales han aplicado al territorio, en sus relaciones con el mundo y en la propia conciencia que han desarrollado sobre las mismas a través del tiempo. Así se sucederán las denominaciones de “Hispanoamérica”, “Lusoamérica”, “Iberoamérica”, “Latinoamérica”. Esta necesidad de autodefinición de lo propio frente a lo externo y lo internacional es el fruto de una historia específica, historia muy diferente a la de las élites e intelectuales de las naciones europeas de los siglos XIX y XX; muy diferentes también pero por otras razones, de la historia de las élites culturales y políticas de Estados Unidos

al correr de los mismos siglos. En general, las representaciones de los países europeos –en especial los dominantes, económica y culturalmente en el ámbito internacional–, han estado vinculadas a la convicción de simbolizar la culminación de la civilización, la cultura y el desarrollo, que deberá difundirse en el resto del mundo. Como prueba de ello bastaría el discurso proclamado con firmeza por esos países durante la gran expansión colonial de las últimas décadas del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. El caso de Estados Unidos es el de una historia particular: un país que logra constituir una nación a través de la Unión de Estados Confederados, más allá de la guerra civil, de la violencia interna y de las crisis económicas, construyendo un proceso de revolución industrial que le permitirá desde las últimas décadas del siglo XIX, avanzar en una línea de crecimiento económico, de expansión comercial, financiera y política hasta etapas recientes del siglo XX, desplazando el poderío de potencias económicas precedentes como Inglaterra. Esta historia especial y atípica explicaría en parte el porqué también sus élites culturales y políticas –a pesar de diferencias notorias de posturas y mensajes– creen constituir, al correr de gran parte de los siglos XIX y XX, una nación mítica, un pueblo destinado por su esfuerzo y sus cualidades a triunfar inexorablemente en todos los planos y por lo tanto con el derecho de imponer su modelo superior, al resto del mundo; muy especialmente a la otra América geográficamente tan próxima y cuyas raíces ibéricas hablan de una etapa pre-moderna de la historia universal.

En realidad, la voluntad expansionista de Estados Unidos habrá aparecido ya en la primera mitad del siglo XIX en muchos aspectos de la Doctrina Monroe y frente al Congreso de Panamá, pero los grandes problemas anteriores de este país en el orden económico, político, en la construcción de la Unión de Estados Confederados, en el salto a la modernización e industrialización de las últimas décadas del siglo XIX, prolongaron en el campo internacional, una etapa llamada por muchos “aislacionista”. Claro que la expansión e invasión de parte importante de los territorios de México en la década del 40 del siglo XIX, niegan el declarado no-intervencionismo. De cualquier manera, parece objetivo que durante las últimas décadas de ese siglo y comienzos del siglo XX, en la política interna de Estados Unidos y en movimientos de su sociedad civil, se manifestaron con fuerza posturas anti-expansionistas y antiimperialistas, ya que América “la más grande esperanza del mundo” no tenía que imitar a las grandes potencias del Viejo Mundo, ni distraer sus energías, ocupándose de “pueblos inferiores, de territorios lejanos, de grupos de intereses especiales” (Kaspi, 1986, tomo 1, pp. 240-241).

Pero desde 1898, Estados Unidos entra ya en el grupo de las grandes potencias del mundo, abandonando clara y definitivamente la llamada postura internacional “aislacionista”, pasando a la etapa de un nuevo tipo de nacionalismo expansionista dentro de formas cada vez más imperialistas, característica que mantendrá con el correr del siglo XX. Las regiones que sentirán rápidamente los cambios de esa política exterior serán las más próximas geográficamente: la región del Caribe y América Central, el “Mediterráneo americano”. La construcción del Canal de Pa-

namá y la separación definitiva de este país de los territorios de Colombia, así como la intervención activa en la independencia de Cuba de España –la vieja metrópoli–, le dará al país del norte las principales llaves de la región desde comienzos del siglo XX. Así, la primera constitución del gobierno cubano se comprometía a aceptar “que el gobierno de EE.UU. ejerza el derecho de intervenir para preservar la independencia de vidas, bienes, libertades y obligaciones internacionales”. Desde esta época la penetración económica y política en el continente latinoamericano será constante e ininterrumpida, sustituyendo definitivamente la antigua predominancia de la Gran Bretaña en el mismo (Rouquié, 1987, pp. 393-396). Había pues comenzado la etapa del “panamericanismo” (1898-1945).

En realidad para la América española, en la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo a partir de sus últimas décadas, el gran peligro de expansionismo extranjero venía ahora de Estados Unidos y no de Europa. De ello son conscientes los pensadores intelectuales hispanoamericanos a partir de la mitad del siglo XIX. Ello explicará la toma de conciencia acelerada en las últimas décadas y comienzos del siglo XX, teniendo como expresión representativa el libro *Ariel* de José Enrique Rodó. Así este “panamericanismo” triunfante en la política diplomática internacional desde 1889 –fecha convencional– durará hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial y la consolidación de la “Guerra Fría” entre los dos grandes bloques que se reparten las influencias en el planeta: el capitalista occidental bajo la jefatura de Estados Unidos y el socialista soviético liderado por la URSS. Por tanto, si no se conoce la historia específica de esta región no se pueden comprender las reacciones, contradicciones y comportamientos de los países latinoamericanos entre las dos guerras, en la Segunda Guerra y durante el período de la oficialización de la ya existente “Guerra Fría”. El poder de Estados Unidos y su intervención permanente en la región por la defensa de un campo ideológico opuesto a las propuestas del mundo comunista, será pues una historia muy conocida por los países latinoamericanos a partir del fin de la Primera Guerra Mundial.

El filósofo e historiador uruguayo de las ideas Arturo Ardao así lo planteaba en forma precursora en un importante artículo aparecido en el semanario uruguayo *Marcha* en el año 1965, “Orígenes del latinoamericanismo antiimperialista”, que será punto de partida de extensas investigaciones posteriores. Ardao explica cómo fueron dos figuras de la segunda mitad del siglo XIX, el estadounidense James G. Blaine y el colombiano José María Torres Caicedo, “el más ilustre y respetado representante de la cultura latinoamericana en la Europa de su tiempo” –nacidos ambos en 1830–, los respectivos padres del “panamericanismo” y del “latinoamericanismo” contemporáneos. Ardao reconoce que el latinoamericanismo surgió bajo el influjo inicial de la ideología latinista francesa del siglo XIX (Michelet, Chevalier, la política panlatinista del Imperio de Napoleón III), pero observa que ese movimiento aparece con carácter propiamente americano a través de un “latinoamericanismo defensivo” frente al panamericanismo y con “un sentido humanista y universalista”. En sus trabajos posteriores el autor analiza también, cómo el concepto y la definición de “América latina” sólo fue posible históricamente, después

que se había dado en el Viejo Continente y especialmente en Francia, “la idea latina” y la de “Europa latina”, en respuesta sin duda a las fuertes tendencias del “pangermanismo” y el “paneslavismo”; las reacciones de “la ideología cultural latinista” y el posterior “panlatinismo”. Queda claro en los trabajos del investigador uruguayo que el primer bautismo del nombre “América latina” es en español y aparece por primera vez en los círculos hispanoamericanos, en París y en España, ya desde los años cincuenta y sesenta del siglo XIX. Lo nuevo de esos textos hispanoamericanos son sobre todo las propuestas de una “Liga Latinoamericana” (1861), de una “Unión Latinoamericana” (1865) y más tarde de “la Unión Latinoamericana” (1879). (Ardao).

Se observa también como ese latinoamericanismo después de esa etapa creadora de mediados del siglo XIX hasta fines de siglo, es en gran parte conservado como ideal, como sueño, como mito, frente al fenómeno concreto y pragmático del “panamericanismo” triunfante en el ámbito internacional y las relaciones diplomáticas de gran parte del siglo XX. Pero es cierto también que desde fines de la década del cincuenta y en los años sesenta en plena “Guerra Fría”, reaparecen con fuerza las tendencias de renovación de diferentes formas de “latinoamericanismos” ahora como posturas de supervivencia insoslayables, como necesidad y utilidad histórica concreta. Una muestra de esta tendencia más realista aparece ya en los años cuarenta en el pensamiento de Carlos Quijano, director del semanario *Marcha* del Uruguay, fundado en el año 1939 al comenzar la Segunda Guerra Mundial. En un editorial de julio de 1940 titulado “El panamericanismo, no, acuerdos regionales, sí”, Quijano decía:

“El panamericanismo es una farsa y no sería nada si fuera una de las tantas farsas diplomáticas y sin trascendencia. Lo malo es que se trata de una farsa peligrosa. Parte de una identidad geográfica inexistente, para llegar a una política de absorción o protectorado peligrosamente real [...pero] la unión latinoamericana, hemos dicho, es hoy por hoy una utopía.”

Es así como en esta reflexión sólo cabe una postura más real y defensiva: “a la política del vasallaje que es el panamericanismo, a la política hoy de la utopía y la retórica que es el latinoamericanismo, oponemos la política del acuerdo regional, geográfica, histórica y económicamente determinada [...]”

Sin duda es ésta una expresión de toma de conciencia y reacción frente a una historia internacional ya consolidada. A fines del siglo XIX, entre octubre de 1889 y abril de 1890, después de una campaña intensa de casi una década, en Estados Unidos, el político James Blaine logró la realización oficial en Washington de la “Primera Conferencia Internacional Americana”, denominada en la práctica “Panamericana”, pero que en realidad funcionó como “Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas”. Será en la IV Conferencia realizada en Buenos Aires en 1910, que se le dará el nombre de “Unión Panamericana”. Al finalizar la Primera Guerra Mundial en el año 1918, la institución se metamorfosea a través del nuevo “Sistema Interamericano” institucionalizado bajo el liderazgo de Estados Unidos.

El sistema se organiza bajo la idea de la estructuración continental alrededor de la seguridad del hemisferio frente al comunismo: concepción que el presidente Truman sintetizará muy bien con la afirmación de “un hemisferio cerrado en un mundo abierto”. Esta nueva estructura interamericana aparece acompañada de dos nuevos instrumentos diplomáticos: uno militar, el “Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca” (TIAR), firmado en Río de Janeiro en septiembre de 1947; el otro, político: la “Carta de la Organización de los Estados Americanos” (OEA), firmada en Bogotá en 1948, que debía asegurar la paz y el acuerdo entre las regiones, entre los países y en el interior de los mismos. La Carta admite los principios de igualdad jurídica de sus miembros pero en la realidad ofrece a Estados Unidos una mayoría automática fundada sobre los pretendidos intereses comunes de la “familia americana”. Ya hacia los años sesenta, la organización ha perdido completamente su prestigio por su permanente silencio ante las frecuentes intervenciones militares directas o indirectas de Estados Unidos en diversos países; por el silencio ante numerosas dictaduras latinoamericanas cuyo sólo “mérito” constituye el de ser profundamente anticomunistas (Rouquié, 1987, pp. 399-400). Contrariamente a esta actitud, Cuba será expulsada de la OEA en la conferencia de Punta del Este en 1962, después de su alianza con la Unión Soviética; en el mismo año, en la reunión de México, se le negará también su participación en la ALALC a pesar de la abstención de México y Brasil frente a la resolución negativa.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y en sus últimas décadas se puede constatar por lo tanto, el surgimiento y desarrollo, de parte de los propios hispanoamericanos, de un “latinoamericanismo” como postura política frente al triunfante “panamericanismo”. A través del tiempo se sucederán a esta primera corriente hispanoamericanista de rechazo, otras formas de “latinoamericanismo” de tipo “tercermundista”, “marxista”, “antiimperialista”. También las corrientes de “latinoamericanismo” del pensamiento democrático socialista y los proyectos más pragmáticos de las “uniones regionales” con posibilidades de organización y eficacia en el contexto continental e internacional. Por otra parte se ha observado la significación que ha tenido el hecho de que al mismo tiempo que se creaba la OEA con sede en Washington, apareciera también un organismo internacional en el ámbito de las Naciones Unidas, que hacía mención a lo latinoamericano específico, al crearse en 1948 la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) con sede en Santiago de Chile. El fenómeno podría tener una significación en el campo de la imagen y la representación en el ámbito internacional e institucional a través de una aceptación de mayor independencia de lo latinoamericano y del “latinoamericanismo” frente a la larga historia del “panamericanismo”; por lo menos en los sectores de desarrollo técnico y económico.

II. *La “Tercera Posición” como resistencia a la globalización histórica de bloques*

América latina y la región del Cono Sur y el Río de la Plata quedaron sometidos

como el resto del mundo occidental –pero en forma más directa y dependiente– al liderazgo estadounidense desde que se prepara la “Guerra Fría” y al correr de la Segunda Guerra Mundial. Esta situación se agravará al finalizar la Guerra y aún más, cuando la Revolución Cubana a través de Fidel Castro –presionado por la política exterior estadounidense y el aislamiento internacional–, se declare marxista-leninista y bajo los auspicios y la protección de la Unión Soviética. Por ello la llamada “Coexistencia Pacífica” inaugurada en 1956 en forma estrictamente bilateral entre los dos bloques, no tendrá aplicabilidad en el continente; por el contrario es en este momento que América latina conocerá el recrudescimiento de la “Guerra Fría”.

Los movimientos intelectual y universitario uruguayos estarán organizados a través de dos instituciones centrales en la vida cultural y científica del país: la Universidad de la República (1849) y el semanario *Marcha* (1939-1974). Estos dos centros institucionales, el primero público y el segundo privado, constituirán dos tipos de estructuras de una sociabilidad intelectual y científica de un peso similar y complementarias en la historia cultural y política del país, así como en la reflexión sobre la realidad nacional e internacional. En su conjunto y en gran interacción, ambas instituciones constituirán la base de un medio intelectual heterogéneo pero a su vez homogéneo, crítico y autocrítico que logra una autonomía bastante notoria en relación con los otros poderes de la sociedad (estado, iglesia, ejército, partidos políticos) –sobre todo en un análisis comparativo con los otros países del continente y con sus vecinos de la región–. Esta característica les dará por lo menos durante cuatro décadas una posibilidad de “consensus dans le dissensus” independientemente de los distintos orígenes y posiciones políticas, ya fueran provenientes de los sectores progresistas de ambos partidos tradicionales (blancos y colorados), de los distintos sectores de la izquierda nacional o de corrientes cristianas y católicas progresistas.

A través de estos centros de reflexión y sus publicaciones; en el medio universitario surgieron las de origen gremial; desde los treinta el periódico *Jornada* de la Federación de estudiantes universitarios (FEUU), luego *Tribuna universitaria* y más tarde, en los sesenta la oficial *Gaceta de la Universidad*. Por otra parte, en la publicación semanal *Marcha*, en sus editoriales y artículos de fondo se expresaron a través del tiempo, historiadores, literatos, economistas, sociólogos, periodistas, en un trabajo de reconstrucción de las relaciones del país, de la región y del continente con Europa y Estados Unidos. Sobre las consecuencias de la crisis del año 29 y los años 30, sobre los graves problemas políticos de entreguerra, sobre la significación de la Guerra Civil en España y el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, la “Guerra Fría”. Por encima de las diferencias ideológicas desde los años 30 y en las décadas siguientes se dibuja en ese medio cultural un pensamiento marcadamente antiimperialista, una preocupación por los problemas de la democracia política y sus relaciones con la democracia social y la preocupación por los problemas del desarrollo y la modernización en sus relaciones con el sistema mundial contemporáneo de “países centrales y países periféricos”.

En el campo de la política internacional, una característica casi unánime de este medio –por lo menos hasta mediados de la década del 60– será la corriente de la “Tercera Posición” frente a la polarización mundial en dos bloques antagónicos –política, económica e ideológicamente–, que se declaran irreconciliables.

Los sustentadores de la “Tercera Posición” no aceptarán la identificación de esta corriente con una ideología precisa y estructurada, con el neutralismo, la abstención o con el “Tercermundismo”, que se desarrolla internacionalmente desde fines de la década de los 50, si bien se reconocen algunas relaciones de coyuntura histórica con esta última. En realidad aquella corriente parece responder a una problemática más extensa y más antigua que la de la “Guerra Fría”. Parece estar fundamentalmente ligada a ciertos problemas capitales del mundo contemporáneo: los problemas del colonialismo y el neocolonialismo; los problemas del desarrollo y el subdesarrollo y las relaciones inherentes y a su vez contradictorias y antagónicas entre los “países centrales” y los “países periféricos”; los problemas de imperialismo y antiimperialismo; los problemas y la distinción entre el desarrollo y el “desarrollismo”. Aparece más que como una posición táctica entre dos bloques, como una búsqueda de reivindicación metodológica y de significación del espacio, el tiempo y los protagonistas específicos del continente latinoamericano y de la región del Cono Sur. Así también como un derecho y exigencia a construir la propia historia, sin negar las relaciones y el peso de la historia universal. Aparece sin duda como la búsqueda de un nuevo orden económico y político internacional.

El director del semanario *Marcha* expresa a través de numerosos editoriales como “De agosto de 1961 a noviembre de 1963” en noviembre de este último año, la postura básica de esta “Tercera Posición”:

“Pero América organizada según los cánones soviéticos –afirma– es por razones históricas, geográficas y en virtud de la coyuntura económica, impen-sable; pero esta otra América latina que por la presión de nuestros amos y celosos tutores, ha sido durante años una copia servil del capitalismo occidental, una caricatura del mismo, nunca tuvo viabilidad y menos la tiene ahora. El dilema es: o América encuentra sus formas y estructuras para ser lo que debe ser o no será nada...”.

Hay claramente un rechazo a la globalización internacional dentro de la polarización de la historia contemporánea como opción obligatoria porque ello significaría, la renuncia al propio y específico camino que hay que descubrir y conquistar, sin caer en la facilidad de la copia y la simple adaptación a los modelos y experiencias originadas en otras regiones del planeta. Esta posición se manifiesta en Quijano incluso en el momento en que Cuba, a través de Fidel Castro, se reconoce en la órbita del bloque soviético, en un editorial de enero de 1961, “Las declaraciones de Fidel Castro”: “Desde el punto de vista puramente político, la presente y hasta ahora no desmentida declaración de Fidel Castro, nos parece una torpeza, una torpeza de la peor especie, porque compromete el destino de las revo-

luciones y las posibilidades de liberación de América latina". Continúa su reflexión dentro de un enfoque marcadamente metodológico de tipo geopolítico:

"sin el apoyo de América latina, sin la protección cautelosa, mediatizada o tímida de los gobiernos, de algunos gobiernos de América latina, la revolución cubana no tiene salvación: el desafío, es un desafío suicida [además] el esperado apoyo de Moscú, a menos que éste quiera ir a la guerra total, no pasará de ciertos límites prudentes".

Se hace necesario comprender en este razonamiento que "en el complejo y vasto juego internacional, Cuba puede significar un peón más. Per el movimiento de un peón se inserta en una estrategia general". Ello no le impide confirmar que "en el contexto general de la historia de nuestro continente la revolución cubana con sus errores, sus torpezas [...] es una etapa fundamental. Muertos los hombres, calladas las pasiones, de ella sobrevivirá lo auténtico".

III. *La "Tercera Posición" contra las guerras y los imperialismos: por un nuevo orden internacional*

Será característica saliente del medio intelectual y universitario uruguayo desde mediados de la década del 30, el carácter crítico, objetivista, desacralizador de los grandes mitos e idealizaciones de países, naciones o continentes, "modelos" a imitar, adaptar y copiar. Esta postura constituirá una diferencia de importancia en el plano epistemológico y metodológico en relación con las generaciones de intelectuales del Uruguay de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, que no podrán evitar la fascinación y deslumbramiento ante los adelantos y virtudes "inalcanzables" de los países cabezas del desarrollo económico o político moderno: Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos. Pero en las generaciones críticas a partir de los años cuarenta, aparece en forma definida la exigencia de independencia en los procesos nacionales y latinoamericanos frente a todo tipo de dominación, y no solamente de la procedente de Estados Unidos.

Es cierto que el siglo XX ya en su cuarta década estaba mostrando un rostro muy diferente al imaginado en el siglo XIX. El evolucionismo y progresismo optimista de este último siglo, había prometido no sólo el crecimiento científico, técnico, industrial, económico —que se estaba cumpliendo a un ritmo sorprendente— sino también había prometido como su consecuencia, un mundo de paz, más democrático y libre. Pero el siglo XX reservará sorpresas políticas, ideológicas, humanas y de masas, insospechadas y trastornantes. (Ory, 1987, pp. 471-472). Así, al desencadenarse la Segunda Guerra Mundial en el año 1939, Arturo Ardao escribía en un artículo "La Guerra y América" en *Marcha*: "Cómo no intuirlo después de lo de España? [...] Iremos de ese modo haciendo nuestro aprendizaje para la Segun-

da Emancipación. Dejaremos de ese modo, de ser colonos mentales, lo que será de por sí un ancho y decisivo paso liberador". Aparece pues con claridad la exigencia de reflexión y de distancia crítica frente al funcionamiento del sistema contemporáneo mundial y sus mecanismos desestructurantes. La enseñanza fundamental de esta reflexión será una forma de desacralización:

"Más que una lucha entre democracia y aristocracia, entre derecho y fuerza, lo que hay en el fondo es la lucha a muerte entre imperialismos satisfechos e imperialismos insatisfechos. Lo que las armas están hoy diciendo en los campos de batalla es el reparto violento del mundo entre grandes financieros internacionales."

No muy alejados de estas reflexiones nos resultan los planteos de la filósofa y politóloga Hannah Arendt, en su libro *L'Imperialisme* –segunda parte de su obra–, *Les origines du totalitarisme*, publicado ya en los años 50 en Estados Unidos y en Francia. Análisis éste comparable, complementario y diferente al de Lenin en *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Arendt planteaba que era en realidad a fines del siglo XIX, que el imperialismo había hecho su entrada triunfal en la época contemporánea, con sus principales fundamentos teóricos, filosóficos y geopolíticos. Era el tiempo –afirma– de la expansión sin límites considerada como política suprema; de la expansión de la "raza superior" (en África, Asia), de la expansión de la burocracia como principio de dominación (en Argelia, Egipto, India). Para esta autora, ciertas corrientes del darwinismo y el evolucionismo de las últimas décadas del siglo XIX habían dado un valor excesivo, en el debate político a la concepción de "supervivencia" y a la necesidad de la "automática supremacía de los mejores". (Arendt, pp. 102-104). Esto explicaría en parte la evolución de los nacionalismos exacerbados, expansionistas triunfantes o frustrados, que propulsados también por los grandes intereses económicos organizados, descubren su "misión nacional" y entran en el camino de la dominación, del imperialismo y la guerra. Así, la distancia que en principio parecía existir entre el nacionalismo y el imperialismo, se borraba con la fuerza avasallante del "nacionalismo tribal" y del "racismo brutal".

Podemos observar en muchos de los pensadores uruguayos que hemos mencionado, como es el caso del director de *Marcha*, Carlos Quijano, reflexiones realistas próximas a este mismo tipo de razonamiento. En el editorial "Los pichones en el nido", en el año 1957, confirmaba:

"Lo que decimos es que la decantada igualdad de los estados, es un mito, si no va acompañada de poderío. Que no hay acuerdo sino entre iguales, realmente iguales, los que pueden recíprocamente hacerse respetar". La evolución contemporánea no hace más que confirmar el hecho de que "la política internacional reposa sobre la desigualdad. Y la historia y el sentido común no conocen otra manera de afrontar a los fuertes, que haciéndose también fuertes".

Por consiguiente, la tarea consiste hoy en tomar el camino de las uniones y alianzas entre las regiones y las naciones menos poderosas; de organizarse en la defensa de las más débiles contra las fuertes y dominantes. De reivindicar el derecho a la independencia frente al carácter imperialista de todas las guerras del siglo XX, y los intentos de globalización y mundialización de los conflictos.

El peligro de la globalización y mundialización dentro de un sistema cerrado bipolar, liderado por las potencias de turno que se consideran responsables de conducir y decidir la historia universal, lo expresa también con claridad, Quijano en su editorial del año 1965, "Murieron por nosotros". En este sistema, explica,

"hay que optar sin vacilaciones. La 'neutralidad' es un crimen. El resto del mundo, los intereses específicos, los modos de vida, las tradiciones, las costumbres, la organización, los sueños, las virtudes, los defectos de todos los demás, países y tierras, no cuentan. O el 'American way of life', Biblia en mano y dólares en bolsa, o el comunismo. Europa no existe, África no existe, América latina no existe, Asia no existe. Sólo Washington y Moscú y pronto esta dicotomía se extenderá a los astros y a los asteroides si es que antes el diablo no es empujado para siempre, al fondo de las sombras".

Como han observado ciertos autores, la época moderna ha aportado la idea de la historia universal o el internacionalismo —la Revolución Francesa, la Revolución Rusa, la revolución proletaria—, ya sea de la burguesía o de los sectores proletarios, pero siempre con la idea de un proyecto de transformación ejemplar que cambiará el mundo. (Ory, *op.cit.*). También se ha notado que esa modernidad produjo la mundialización del mercado y el estado-nación, sin nunca haber logrado crear una cultura y una mística común también internacional, que sustituya las grandes religiones universales. (Trebitch, pp. 13-27). Es decir, que los proyectos universalistas se han podido expandir y dominar pero sin lograr las expresiones de masas vinculadas a las memorias colectivas y a las tradiciones de larga duración.

En el Uruguay la concepción de la "Tercera Posición", está sin duda vinculada a una tradición precedente del medio intelectual, de tipo independiente, crítica y antidogmática en los planos político y filosófico. Esta corriente es de una importancia capital en la historia cultural y política nacional, desde el comienzo de la "Guerra Fría". Es cierto que los acontecimientos internacionales de los años 60, el proceso de la Revolución Cubana y la política norteamericana en este sentido, crean variaciones en las posturas, sobre todo en las generaciones estudiantiles y militantes de los años 60 y 70. Pero el tipo de razonamiento, la postura metodológica frente a los problemas internacionales persiste, especialmente en las generaciones intelectuales mayores, maduras en los años 60 y 70.

No se puede negar que esta corriente tuvo también sus adversarios decididos. En primer lugar, en los períodos de crisis del mundo soviético frente a las revueltas de las repúblicas asociadas del Este y su represión en los años 50 y 60, se pro-

dujeron protestas apasionadas en *Marcha*, desde la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU), de las asociaciones profesionales y culturales del país. El entonces Partido Comunista Uruguayo, consideraba que la “Tercera Posición” podía fomentar el anticomunismo primario de los sectores políticos oficiales y sus políticas exteriores. Por otra parte, en el seno mismo del mundo universitario e intelectual nacional, aparecerá la crítica, pero en sentido contrario. Nos referimos al planteo del sociólogo Aldo Solari –director del Instituto de Ciencias Sociales en los años sesenta y más tarde funcionario técnico de las Naciones Unidas–, en su libro *El Tercerismo en el Uruguay* (1964). En este libro, así como en la polémica pública en *Marcha* con Arturo Ardao –director éste, del Instituto de Filosofía de la Universidad de la República y decano de la misma facultad en los años 60–, Solari critica la prédica de *Marcha*, de la FEUU y del mundo intelectual en general, frente a los problemas internacionales. El sociólogo piensa que el “tercerismo” es un fenómeno típicamente uruguayo, que muestra bien las características de ese medio intelectual uruguayo hipercrítico, purista, prescindente y aislacionista respecto de los partidos políticos tradicionales y de la política oficial. De la misma forma, piensa que esta corriente, como los centros culturales que la difunden, han creado una “obsesión antiimperialista” en el medio universitario e intelectual, que constituye ya “una ideología conservadora” al manifestarse en forma sistemática contra el desarrollismo, la industrialización, la ayuda externa de capitales extranjeros, como se planteaba por ejemplo, a través de la “Alianza para el progreso” en los años 60. Pensaba Solari que este plan podía funcionar en América latina, como había funcionado el “Plan Marshall” para Europa.

El profesor Ardao responderá con una serie de largos artículos en *Marcha*, a través de un análisis de tipo histórico y metodológico aplicados al orden nacional e internacional. Explica que el “tercerismo” no es una ideología, que no está contra el desarrollo y la industrialización, sino contra el “desarrollismo”. Que esta última corriente apareció en 1949 con el Punto IV del Plan Truman, que es anterior a la “Alianza para el Progreso”, aunque la prepara y condiciona en sus fundamentos. Considera que no hay que confundir “desarrollo” con “desarrollismo” y que este último aparece vinculado a conceptos precedentes del mismo origen como la división entre “países desarrollados” y “países subdesarrollados”. El autor explica que *Marcha* y los *terceristas* se manifestaron contra el llamado plan Truman para América latina, que John Kennedy heredó, denominándolo “Alianza para el Progreso” que concebía la ayuda a los países atrasados, subdesarrollados de América latina a través de inversiones privadas de los hombres de negocios norteamericanos, diferente claramente al Plan Marshall aplicado a Europa. Explica también Ardao, cómo el “tercerismo” es antes que nada un movimiento de tendencias políticas heterogéneas que se unifican en el momento de la “Guerra Fría”, en Uruguay y en todo el mundo –hasta en los Estados Unidos–, para asegurar la paz; para evitar una Tercera Guerra Mundial, congelando el armamentismo; para luchar contra la fuerza avasallante de los imperialismos. Carlos Quijano, decía que la “Tercera Posición” en realidad era la “Primera Posición”, la de la propia identidad

y de los propios derechos, contra los imperialismos de cualquier origen e ideología. Las publicaciones de Ardao sorprenderán a los que imaginaban que era éste un movimiento fundamentalmente contra el imperialismo de EE.UU.; considera el autor que el verdadero fundador del tercerismo es el norteamericano Henry Wallace –ex-vicepresidente de Estados Unidos– y a su vez ex-ministro del gobierno de Truman que organizará una campaña nacional e internacional, junto a otras figuras como Norman Thomas, contra la política de Truman, partidaria de la polarización en dos bloques, que desplaza las posibilidades que existieron hasta el año 1946, de “Tres Grandes” o de “Cuatro Grandes”, como proponía el frustrado plan de De Gaulle. Wallace representaba entonces la corriente democrática y antiimperialista estadounidense y proponía la construcción de un “New Deal” mundial para elevar el nivel económico de los pueblos arruinados creando a la vez un factor de equilibrio internacional que permitiría la colaboración con la Unión Soviética en el mantenimiento de la paz.

La segunda gran corriente del “tercerismo” mundial –planteaba Ardao– será la del “tercerismo doctrinario de fuente francesa que tuvo sus primeros grandes representantes en el radical socialista Jacques Kayser y el líder socialista León Blum”, de enorme influencia en el Uruguay. Kayser mismo –amigo personal de Quijano desde sus épocas de estudio comunes en París de los años 20– escribía en *Marcha* el 20 de junio de 1947, un artículo titulado significativamente “El tercer bloque”, que según Ardao sería el texto fundador del tercerismo francés de influencia internacional por sus aspectos doctrinarios y filosóficos y no sólo tácticos. En dicho artículo Kayser escribía:

“Que en este tiempo de guerra se esté forzado a optar, que la neutralidad se haya hecho imposible, es un hecho que experiencias recientes han establecido. Pero no estamos en tiempo de guerra y, en el mundo entero, los pueblos desean el mantenimiento de la paz. Escoger ahora es ayudar a la división del mundo en dos, es ceder a los métodos simplistas de la fuerza, es participar con la evolución que puede conducir al desencadenamiento de la guerra mundial número 3”.

Así –explica Ardao– este tercerismo, sumado al de Wallace contribuyó decisivamente a definir el “tercerismo uruguayo”, desde el momento en que la Doctrina Truman, formulada en mayo de 1947 para Europa, bajo la forma de ayuda a Grecia y a Turquía, se prolongó en el Plan Truman para América latina, proyecto de ley por el cual se autorizaba al gobierno de Estados Unidos a suministrar armamentos y adiestrar a todas las fuerzas del hemisferio americano (Ardao, *Marcha*, 24/12/1965).

Se observa también cómo la dificultad de impedir la polarización en dos bloques, estuvo en relación directa con la fragilidad cierta de Europa occidental y su mínima posibilidad para crear una “Tercera Fuerza” de la que hablaba León Blum. Por otra parte, la delegación implícita que hará Gran Bretaña en la fuerte diplomacia estadounidense del Plan Truman, unida al Plan Marshall, que constituirá –co-

mo decía Wallace-, además de una ayuda cierta, también una presión y un cierto chantaje al viejo Continente, terminarán por definir en el año 1947, la división bien estructurada en dos bloques y el comienzo oficial de la "Guerra Fría".

Así el "tercerismo" uruguayo aparece alejado de otras numerosas corrientes de la "Tercera Vía", que se manifestaron internacionalmente desde el año 1947, que declaraban no ser ni de derecha ni de izquierda, rechazando tanto el liberalismo como el marxismo, sin buscar otra alternativa. Algunas de estas corrientes sobre todo en Europa se replegaron en una postura espiritual y moral, no política. Por otra parte, la "Tercera Posición" en el Uruguay no parece exactamente responder a las mismas características y posicionamientos de otros "tercerismos" de tipo nacionalistas y populistas de la época, sobre todo en regiones del llamado después "Tercer Mundo". La corriente uruguaya se manifiesta marcadamente ligada a una concepción de tipo socialista democrática. Si bien en ella el aspecto táctico o pragmático desempeña un papel, lo que más la caracteriza es un conjunto de aspectos doctrinarios, de principios, de alcance epistemológico y metodológico, en la búsqueda de la creación de nuevos equilibrios y de un posible proyecto político de construcción de un orden económico y político internacional distinto. En esta postura entra en juego también sin lugar a dudas, la reconstitución de la especificidad de lo latinoamericano dentro del hemisferio y en el contexto mundial, cuya influencia y trayectoria hemos analizado en la primera parte del trabajo.

Bibliografía general

- Ardao, Arturo, "La guerra y América" en *Marcha*, n° 13, Montevideo, 15/9/1939.
 "Orígenes del latinoamericanismo antiimperialista" en *Marcha*, Montevideo, 12/7/1965.
 "Tercerismo y nacionalismo" en *Marcha*, Montevideo, 8/4/1966.
 "Tercerismo y desarrollismo", I II y III en *Marcha*, Montevideo, abril-mayo, 1966.
 "Tercerismo ayer y hoy" en *Marcha*, Montevideo, 13/5/1966
Etapas de la inteligencia uruguaya, Montevideo, Dpto. De Publicaciones, Universidad de la República, 1972.
La inteligencia latinoamericana, Montevideo, Dpto. De Publicaciones, Universidad de la República, 1987.
Nuestra América latina, Montevideo, Ed. de la Banda Oriental, 1986.
 Arendt, Hannah, *Les origines du totalitarisme - L'Imperialisme*, París, Fayard, 1982 - Points - Politiques.
 Arismendi, Rodney, *Lenin, la revolución y América Latina*, Montevideo, Eds. Pueblos Unidos, 1970.
 Barros - Lemez, Álvaro, *Intelectuales y política. Polémicas y Posiciones años 60 y 70*, Montevideo, Ed. Monte Sexto, 1988.
 Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América latina*, Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1964.
 Bayer, Rafael, *Cultura política uruguaya*, Montevideo, FCU, 1989.
 Bergoonioux, Alain, "Théorie et pratique de la social-démocratie" en *Nouvelle Histoire des*

- idées politiques*, Pascal Ory, París, Éd. Hachette, Colec. Pluriel, 1987.
- Blum, León, *L'oeuvre de Léon Blum*, París, Éditions Albin Michel, 1964/1972.
- L'oeuvre de Léon Blum - La fin des alliances/La Troisième force/Politique européenne/Pour la justice - 1947-1950*, París, Éditions Albin Michel, 1963.
- Cardoso, F. H., *El pensamiento de la CEPAL*, México, Ed. Siglo XXI, 1963-1965.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E., *Dependencia y desarrollo en América latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1ª edición, 1969.
- De Sierra, Carmen, "América, el latinoamericanismo y la política internacional en "Marcha" (Uruguay)" en *Revista América, Cahiers du CRICCAL*, n° 9-10, Presse de la Sorbonne Nouvelle, 1992.
- De la crise à la recherche d'une nouvelle identité nationale: les intellectuels en Uruguay (1939-1975)*, EHESS-París, "Doctorat Unique" de l'EHESS, 2 tomos, mayo-junio, 1992.
- D'Elía, Germán, *América latina de la crisis de 1929 a la segunda guerra mundial*, Montevideo, Ed. de la Banda Oriental, 1982.
- Chaliand, Gérard, "La révolution par procuration. Crise des utopies, crise des idéologies", revista *Les lendemains que chantent*, en revista *Materiaux pour l'histoire de notre temps*, n° 9, Nanterre- BDIC, janvier-mars, 1982.
- Churchill, W. *Discurso en la Universidad de Fulton*, Missouri, Estados Unidos, 1946.
- Fukuyama, F., Bloom, A., Hassner, P., Besançon, A., "La fin de l'histoire?", en *Commentaire*, vol. 12, n° 47, París, 1989.
- Furtado, Celso, *Développement et sous développement*, París, PUF, 1966.
- Giraud, Michel, "Nationalisme et socialisme - Fanon", en *Nouvelle Histoire des Idées Politiques*, Pascal Ory, *op.cit.*
- Graceras, Ulises, *Los intelectuales y la política en el Uruguay*, Montevideo, Cuadernos El País, n° 3, 1970.
- "Jornada", periódico oficial de la "Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay" (FEUU), Montevideo - Uruguay, años 40-60.
- Kalfon, Pierre, "La source révolutionnaire latino-américaine dans l'imaginaire français: le cas de Cuba et du Chile" en revista *Relations Internationales et Stratégiques*, París, L'Harmattan, IRIS, n° 6, 1992.
- Kaspi, André, *Les Américains - Les États Unis de 1945 à nous jours*, París, Éd. du Seuil, octubre, 1986, Colec. Points-Histoire.
- Kayser, Jacques, "El tercer bloque" en *Marcha*, Montevideo, 20/6/1947.
- La République en marche*, Chroniques parlementaires, París, Grasset, 1967.
- Kennedy, J., Guevara, E., *Discursos* (selección) Conferencia de Punta del Este 1961, (CIES), Montevideo, Enciclopedia Uruguaya, 1968.
- La Gaceta de la Universidad*, publicación oficial del Consejo Central Universitario - Universidad de la República, Montevideo, años 60-70.
- Lefort, Claude, *L'invention démocratique*, París, Éd. Fayard, 1984.
- Lipset, M., Solari, A. (Comp.) *Elites y desarrollo en América latina*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1972.
- Moreau Defarges, Philippe *Les relations internationales depuis 1945*, París Éd. Du Seuil - Histoire Sciences, 1966.
- Morin, Edgar, *Introduction à une politique de l'homme*, París, Éd. du Seuil - Points politiques, 1965.

- Ory, Pascal "La troisième voie à la française" "Indépendance" (Tiers monde et Tier Mondisme) en *Nouvelle Histoire des idées Politiques*, op.cit.
- Pecaut, Daniel "Sur la théorie de la dépendance" en *Cahiers des Amériques latine*, n° 4, Nouvelle Serie - IHEL, Paris, 1985.
- Polanyi, Karl, *La grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps 1944*, Paris, Gallimard, 1983.
- Queille, Pierre, *L'Amérique latine, la Doctrine Monroe et le Panamericanisme*, Paris, Éd. Payot, 1964.
- Quijano, Carlos, editoriales en el semanario *Marcha* (1939-1974): "El regionalismo económico" (20/IV/1945), "Panamericanismo no, acuerdos regionales sí" (26/VII/1940), "Nosotros los terceristas" (16/VII/1954), "Esta América que no es nuestra" (23/VIII/1957), "Los pichones en el nido" (23/VIII/1957), "América, espacio y tiempo" (9/I/1959), "Digamos nuestro mensaje" (19/XII/1961), "Las declaraciones de Fidel Castro" (8/XII/1961), "De Agosto de 1961 a Noviembre de 1963", "Atados al mástil" (26/VI/1964), "Desarrollo y ayuda externa" (18/II/1966), "La verdadera integración" (18/XI/66), "Murieron por nosotros" (7/V/1965), "Una nación de Repúblicas" (31/V/1976), "Patria Chica y Patria Grande" (31/VII/1974).
- Racine, Nicole, Trebisch, M. "Intellectuels engagés d'une Guerre à l'autre", *Cahiers de l'IHFP*, n° 26, Paris, marzo 1994, CNRS.
- Rama, Ángel, "La conciencia crítica" en *Enciclopedia Uruguay*, n° 56, Montevideo, 1969. "Los pasos de la intelligentsia" en *Marcha*, Montevideo, 15/XII/1961. *La generación crítica, 1939-1969*, Montevideo, Ed. Arca, 1972.
- Rapoport, Mario, Spiguel, C., *Estados Unidos y el peronismo. La política norteamericana en la Argentina 1949-1955*. Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, Colec. Estudios Latinoamericanos, 1994.
- Real de Azúa, Carlos, artículos en el diario *Época*, Montevideo, 1965-1966 frente a la polémica sobre la "Tercera Posición" (Ardao-Solari): "El tercerismo replanteado", "Una historia complicada", "Los tres desenfoques de un planteo", "El antiimperialismo: ¿una obsesión?", "De nuevo el antiimperialismo", "Tercerismo y nacionalismo". "Política, poder y partidos políticos en el Uruguay de hoy" en *Uruguay Hoy*, México, Ed. Siglo XXI, 1972. "Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo" en *América latina en sus ideas*, UNESCO, París-México, Siglo XXI Ed., 1986.
- Remond, R., Naquet, E., Ingram, N., "S'engager pour la paix dans la France de l'entre-deux-guerres", en *Materiaux pour l'Histoire de notre temps*, n° 30, Nanterre-BDIC, enero-marzo, 1993.
- Revel, J. F., Raunaud, P., Kojève, A., "Fin de l'histoire?" en *Commentaire*, Paris, vol. 12, n° 48, 1989-1990.
- Rouquié, Alain, *Amérique latine - Introduction à l'Extrême Occident*, Paris, Éd. du Seuil, 1987.
- Rodó, José Enrique, *Ariel*, Montevideo, Ed. Alfa, 1965.
- Sigal, Silvia, *Intellectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Punto Sur Ed., Colec. Ideología argentina, 1991.
- Solari, Aldo, *El tercerismo en el Uruguay*, Montevideo, Ed. Alfa, 1965. *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra*, Montevideo, Ed. Alfa, 1965.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta, la formación de la nueva izquierda intelectual ar-*

- gentina. 1956-1966, Buenos Aires, Ed. El Cielo por asalto, 1993, Colec. La cultura argentina.
- Trebitch, Michel, "Internationalisme, universalisme et cosmopolitisme" en *Images et imaginaires dans les relations internationales depuis 1938* (dir. Robert Frank), París, *Le Cahier de l'IHTP*, n° 28, junio, 1994.
- Tribuna Universitaria*, revista. Publicación oficial de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), Universidad de la República, Montevideo, años 50-60.
- Truman, Harry, *Mensaje al Congreso de Estados Unidos, Declaración de la Guerra Fría*, Washington, 12 de marzo de 1947.
- Van Aken, Mark, *Los militantes. Una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde los orígenes hasta 1966*, Montevideo, FCU, 1990.

RESUMEN

Desde la Independencia, la actividad intelectual de América Latina ha realizado un permanente trabajo de redefinición de lo propio frente a lo externo. Partiendo del impacto local de los procesos políticos y sociales de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial y de la histórica incidencia de las relaciones del continente con los Estados Unidos, el presente artículo enfoca la reformulación desde la posguerra del pensamiento latinoamericanista en el Uruguay, en el contexto de la Guerra Fría y la bipolaridad mundial. Analiza en particular las corrientes que, en la actividad universitaria y desde las páginas del semanario *Marcha*, configuraron a partir de la crítica del desarrollismo una concepción "tercerista" en relación al orden internacional. Se expresó como un conjunto de principios, posiciones y puntos de vista específicos y propios, ligado a concepciones socialistas, y diferente tanto de las posiciones ideológicas de "Tercera Vía" presentes en países europeos como de otros "tercerismos" nacionalistas y populistas del mundo periférico de la época.

ABSTRACT

Since Independence, intellectual activity in Latin America has undertaken constant redefinitions of what its own essence is in relation to what is external to it. From the local impact of the political and social processes of the 30's and the Second World War and from the historical influence of the relations between the continent and the United States, this article focuses on the reformulation since the postwar period of Latin Americanist thinking in Uruguay, in the context of the Cold War and international bipolarity. It discusses in particular the trends that, in the university sphere and from the pages of the weekly Marcha, based on a criticism of developmentalism, established a "thirdist" concept in relation to the international order. It was expressed as a set of specific principles, positions and points of view of its own, linked to socialist concepts and different from both the "Third Way" ideological positions held in European countries and other nationalist and populist "thirdisms" of the peripheral world of the time.

